

Frarière («*L'education anterieure*») y recientemente Murchison y sus colaboradores, admiten «una comunicación admirable del cerebro de la madre con el hijo», de la cual depende el dote imaginativo que cada uno de nosotros aportamos al mundo; originándose así los monstruos, por transmisión cerebral de una desordenada imaginación materna.

Ribot llegó a la conclusión que los sentidos se hallaban en un estado de completo embotamiento en el feto, pero que éste, antes de nacer, «ha pensado y querido ya».

Pero que el embrión se mueva y patee al final del embarazo, no prueba nada en pro de la opinión citada; pues la suya, es la respuesta de un organismo animal a estímulos externos que le excitan y a los que él contesta retrayéndose o cambiando de posición. En esta faceta del asunto discrepan las opiniones; pues mientras algún autor sostuvo que tales movimientos fetales significaban cambios encaminados a favorecer la adaptación del feto al medio en que vive, otros han afirmado que el alma fetal era ya una nebulosa espiritual en la cual despuntaban las estrellas de la inteligencia.

Parece ser, que la psicología prenatal puede sintetizarse diciendo, que algún germen humano posee sentimientos de placer y dolor, el sentido muscular y del hambre (Preyer).

Desde luego resulta inaceptable la vieja idea metafísica que atribuía al embrión los mismos pensamientos de la madre.

La Psicología moderna nos enseña que la formación del espíritu humano requiere que se enfrenten el hombre y el mundo, para que de ese dramático diálogo vital, se destilen las esencias del pensamiento.

El embrión humano en el claustro materno se halla sumido en su letargo profundo, se encargan de aportarle pábulo nutricional al tenue candil de su vida. Hallándose en un medio de negruras palpables — si vale la frase bíblica — no puede ejercer sus funciones visuales, ni arriban a él sensaciones auditivas, a través de las vastas murallas de carne, hueso y sangre, que amortiguan cualquier ruido que fuera se produzca.

Es así como al Mundo-Sombra del feto, no llega ni un vago resplandor, ni un sonido del Mundo-Luz que existe al otro lado de las murallas del seno materno.

Tampoco, en la uniformidad del medio que le rodea, tiene sensaciones gustativas u olfatorias. Restan las sensaciones táctiles, perceptibles desde el cuarto mes; que expresa el feto mediante desordenados movimientos, atribuidos, según los autores, a impresiones de frío, a reflejos nerviosos, o a una respuesta inconsciente a las injurias del medio en que vive; algo así como un

tímido alborear de la conciencia entre la bruma gris de la materia.

Este amanecer de las sensaciones del dolor, parece la confirmación biológica de que es bajo el cuño del dolor, como afirmó Nietzsche, que el hombre viene a la vida y devana más tarde la madeja de su vitalidad.

Acaso en este hecho radique la aparición de la primera flor de la conciencia, de una *sentimiento del yo*, más elevado que ese tintineo orgánico que resuena en el cerebro fetal, aportando el eco de los más lejanos rincones de su cuerpo.

Claro está que la psicología moderna acepta que la conciencia de nuestra vida depende tanto de que nos sentimos vivir, como de que nos sentimos salir de nosotros mismos al Universo. De ahí que se deba pensar que en el feto acaso no exista más que un confuso arrullo orgánico en su psiquismo y una serie de sensaciones de placer y dolor producidos por el contacto con cuerpos blandos y duros. Y ese sentido del dolor sería a lo sumo, lo único que podría darle la conciencia de su existencia. Porque en la vida del «*Cogito ergo sum*» de Descartes, se transmuta con demasiada frecuencia en un «yo sufro, luego existo».

Lo cierto es que el feto posee un formidable automatismo muscular, pero no una inteligencia que merezca tal nombre. Posee un espíritu en latencia. Usando una frase de sabor deportivo, diríamos que *está en forma*, preparado para responder a los estímulos externos; pero todo su caudal psíquico está encerrado en un arca; toda la maquinaria de su pensamiento aguarda el golpe de palanca que le pondrá en marcha. Y esa varita mágica que transmutará en elemental psicología del recién nacido, la confusa y caótica mescolanza instintiva del feto, será el variar los estrechos horizontes de su vida, por otros más dilatados y ricos en estímulos. El maravilloso avatar se verificará al ser expulsado desde el Mundo-Sombra al Mundo-Luz el feto, gracias a la maravillosa serie de mecanismos desencadenados al objeto.

Sólo entonces, se dispararán como un resorte, los primeros balbuceos psíquicos del niño.

Parece de rigor, de acuerdo con lo dicho, desechar los ensueños de Frarière sobre la transmisión de las impresiones musicales de la madre al feto y los cuentos tártaros de Malebranche sobre «la mujer que habiendo mirado atentamente la cara de San Pío, dió a luz un feto con cara de viejo».

Mas si el feto poseyese un alma, bien por traducianismo como pretendieron Tertuliano y los primeros doctores eclesiásticos, bien por *infusión* o *creacionismo* como admiten los teólogos oficiales, ¡qué torturantes in-